

Presentación de *El lugar de Saer. Sobre una poética de la narración*

Por María Teresa Gramuglio

El lugar de Saer fue presentado el primero de mayo en la Feria del Libro con la participación de Alberto Giordano, autor del prólogo de esta recopilación. Al repetir aquí aquella ceremonia, me siento un poco como en esas compañías de radioteatro que cuando yo era chica recorrían los pueblos de la provincia representando la misma obra. Pero si la obra que presentamos es la misma, este ámbito me resulta más próximo a mis preferencias, por muchas razones, incluso afectivas, que no es difícil imaginar. Principalmente porque este Coloquio se inauguró en el Museo Rosa Galisteo de Rodríguez (para los santafesinos “el Rosa”), donde se exhibe “Conexión Saer”, con un material biográfico formidable sobre el autor y obras de dos de los pintores que más valoraba: Juan Pablo Renzi y Fernando Espino. Agradezco entonces a los funcionarios del área de Cultura por la realización de una muestra tan significativa, a los curadores María Teresa Constantin y Martín Prieto, y a la dirección y personal del Museo, que brindaron su colaboración. Y nuevamente a los organizadores de la Celebración del Año Saer; a los integrantes de Espacio Santafesino Ediciones y a la Editorial Municipal de Rosario. Y a todos ustedes, que nos acompañan hoy.

¿Qué es *El lugar de Saer*? Nada nuevo: reúne diez artículos, casi todos breves, que fui publicando entre 1969 y 2014 con largos intervalos entre ellos. En el prólogo, Giordano hace una lectura inteligente de los momentos de la escritura relacionándolos con el estado de la recepción crítica de los textos de Saer: desde la repercusión minoritaria de los comienzos hasta el momento en que esas condiciones empezaron a cambiar, a principios de la década del ochenta; y los relaciona además con algunos avatares de una larga amistad que superó disidencias a veces muy serias y me provocó una fuerte conmoción por su muerte. Como toda lectura, no es la única posible.

En el epílogo, que escribí a fines del año pasado, retomo esas hipótesis para agregar mis propias perspectivas: unas breves referencias a los contextos en que fueron escritos y a mi falta de certezas ante los desafíos que me planteaba cada nueva obra. Si bien siempre estuve segura del valor de los textos saerianos, cuando se publicó el primer

artículo, “Las aventuras del orden”, sobre *Cicatrices*, en la revista *Los libros*, yo estaba muy lejos de estar tan segura de mi lectura como Giordano imagina.

Sin embargo, lo que advierto ahora al ver los trabajos reunidos es la insistencia, casi diría una cierta monotonía, de mis argumentos a partir de los primeros tanteos de aquel artículo sobre *Cicatrices*. En una rápida enumeración: el cuestionamiento de la oposición vanguardia/realismo que conduce no a la descalificación del realismo, sino a sus versiones tradicionales, naturalistas o costumbristas, para descubrir un sentido más allá de la apariencia, aunque ese sentido sea inexpresable conceptualmente y no se alcance sino incertidumbre; la idea de una obra como una totalidad no acabada siempre en proceso de realizarse partir de variaciones y retornos; el valor que adquieren en la narración la temporalidad y el espacio; los registros de percepción, la memoria y el recuerdo, y al mismo tiempo su puesta en cuestión; la búsqueda de una nueva poética para el relato (algo que Saer resumió a menudo en una fórmula que al principio me resultaba enigmática y me costó comprender: “escribir narraciones que no sean novelas”); la relación de esa búsqueda con las transformaciones que los procedimientos más propios de la poesía introducen en su prosa narrativa; las marcadas preferencias y rechazos por otros escritores en razón de sus propios valores estéticos y éticos. En ese sentido, los editores, Nora Avaro y Daniel García Helder acertaron plenamente con el subtítulo: *Sobre una poética de la narración*.

Esas reiteraciones empezaron a inquietarme. Pero al leer la reciente compilación de reportajes seleccionados por Martín Prieto que acaba de publicarse en 2016 con el título *Una forma más real que la del mundo*, encontré que en las respuestas de Saer se reiteran a menudo argumentos similares. Como si más allá de las vacilaciones y las incertidumbres, el escritor, —siempre acechado por la tensión de sus pulsiones más oscuras—, y el crítico como lector, —siempre sorprendido por las variantes que le va presentando cada nueva obra—, se encontraran sin quererlo en un “lugar común”. No sé si esta afinidad es deseable, porque siempre sostuve que es necesario no ceder a la empatía y guardar distancia crítica con el objeto; o, dicho de un modo más drástico: “pensar en contra”. Pero pareciera que así fue en este caso.

Tal vez esta proximidad se deba a que Saer es uno de esos escritores en que se van percibiendo con nitidez los perfiles de su proyecto creador por el alto grado de

autoconciencia que denotan. Por sobre las variaciones temáticas y formales de sus textos, retornan en sus narraciones los procedimientos que les van imprimiendo esa textura inconfundible de la prosa que se reconoce por la sintaxis, la respiración y los ritmos de la poesía. Casi ningún crítico ha dejado de advertirlo y de repetirlo. Estos artículos no son una excepción.

La proliferación de estudios críticos sobre la obra de Saer, aun trabajando a veces con categorías teóricas tradicionales, ha ido incorporando nuevas perspectivas a estas aproximaciones tan insistentes, como se ha visto en las exposiciones de este Coloquio. Cuestionando, ampliando las indagaciones con nuevos temas y enfoques como la traducción y la crítica genética. Y es deseable que así sea, porque confirman la vitalidad de esa obra.

Nada más. Muchas gracias...